

EL DIAMANTE NEGRO

POR

MANDINGA

Cuando el fuego del cielo tuvo el coraje para derrotar a los hielos de la tierra, la inquietud de los hombres de la aldea se agitaba, en el resguardo de sus mal acondicionadas covachas. Era hora de que el viejo cazador preparara sus artes de caza e iniciara el éxodo hacia las tierras altas, ricas en caza y destierro. Repasó sus cepos, lazos y trampas, e inició el camino en busca de los animales de pieles vistosas y carnes prietas y jugosas con las que alimentar su estómago y proteger su cuerpo, maltratados ambos por el rigor del invierno.

Las nieves invernales iban dando paso al matiz verde de la incipiente hierba primaveral. En las escorrentías, el agua cantaba monótonas sinfonías primaverales, al compás de los cambiantes destellos solares reflejados sobre la pulida superficie acuosa.

El viejo acometía el camino con lentitud rigurosa y disciplinada, asegurándose de apoyar bien sus deformados pies sobre las piedras ricasas que sobresalían del estrecho cauce del riachuelo montuno. Cuando llegó a un pequeño vado, descansó su mirada y relajó sus nervudas piernas; disfrutó del pequeño espectáculo que se le ofrecía ante sus ojos: contraste de fría roca amusgada, blanca escarcha e incipiente verdor herbario. Entre la variedad de reflejos que el remanso ofrecía, le llamó la atención un centelleo hiriente de acrisolado fulgor. Con una curiosidad irresistible se acercó hasta el nacimiento del brillo y al posar sus manos sobre el objeto, su asombro se convirtió en contento infinito y pasmosa inquietud: una pepita cristalina, un hermoso diamante, más grande que el deformado dedo gordo de su pie izquierdo, le hacía guiños para que la tomara consigo. Por un momento, perdió todo contacto con el entorno y solo se percató del tesoro que portaba en sus manos. Cuando su mente volvió a su estado consciente, multitud de puntos de diamantino destello lo llamaban, sobresaliendo apenas entre el agua y la musgosa capa esmeraldina. Le temblaron las piernas y necesitó el apoyo rocoso de un saliente pétreo, para no perder su equilibrio físico, pues el emocional ya lo tenía ofuscado.

Se sintió feliz por un momento, pues la suerte le sonreía, hasta que, repuesto de su trastorno, volvió a la realidad y con singular raciocinio estudió el pequeño vado que le ofrecía tan simpar sorpresa: el fragmentado cristal cubría todo el remanso y aún escalaba gran parte del cascajal torrente. Cuando se dio cuenta de la magnitud del tesoro, un escalofrío le subió por todo su cuerpo, hasta alterar el pelo ralo de su cabeza. ¿Qué hacer con semejante fortuna?

¿Cómo disfrutar de semejante bien un desertor huido del mundo civilizado? No podía volver a deleitarse de unos placeres hacia tiempo olvidados y que había dejado de añorar. Tan apenas recordaba los remotos tiempos de vagar por asfixiantes mundos de libertad fingida, buscando incansable su lugar y espacio, entre las brumas de una sociedad junglada, luchando a muerte por sobrevivir entre los escombros indiferentes y fríos de la soledad. Antes de que arraigara su vida, lo trasplantaron, arrancándole las raíces de cuajo sin tener en cuenta los más elementales y piadosos códigos humanos. Ahora no podía volver.

Su revolucionada mente giraba en el tiempo con frenético ritmo de danza imparable. Por su memoria amenazaba con deslizarse todo su pasado, pero como si de un bloqueo se tratara, el recuerdo sosegó su marcha, fondeó sus apéndices y se recreo en una palabra olvidada por antigua y a la fuerza desterrada: “mandinga”

Entre la nebulosa de triste memoria siempre aparece el dolor agudo de cargante pensar, hurgando en las entrañas para acuchillar la razón sangrante del lejano olvido. Soledad impuesta desde la cuna como un amanecer frío, alimentado por el odio amargo del victimismo y la falta de valor. El viejo, hundido en sus recuerdos, piensa en su pasado, pero, inmediatamente, desecha el recuerdo insano antes de que le corroa el alma. Moja sus manos en el arroyo y refresca los pliegues de su arrugada y negra cara.

Qué hacer cuando el deplorable infinito de la búsqueda se enfanga en la inmundicia humana, cuando la verdad aberrante convertida en atractiva mentira, acaricia todo tu ser, desprovisto de pautas y anclajes seguros, en los que apoyar tus inexpertos y moralizados actos.

“Sucumbí al encanto deslumbrante de una existencia fácil de transitar, ávido de emociones prohibidas por una sociedad ausente de honra, sin arraigos nobles, con moral distinta y supervivencia cómoda. Mi versada experiencia no aguantó ni el primer embiste del arrollador destino. Mi desierto comunicativo fruto de una soledad congénita me arrastró por los caminos más insostenibles y socialmente reprobables. Intenté tomar contacto con otras personas, para mitigar el profundo abismo que produce la angustia de la exclusión y solo encontré engaño y traición. Mi indignancia fue aprovechada por gentes sin escrúpulos, que debían su acomodo social a personas que, como yo, llegaban de remotos lares para huir de situaciones paralelas a

las encontradas aquí. Quise vengar mi extrema situación, comportándome como mis opresores, formando grupo para luchar contra ellos con las mismas armas: el delito.

Conseguí desenvolverme con soltura en el fango de la impudicia con una precisión rigurosa y pude llegar a tener un discreto acomodo social. Abandoné la arrolladora vorágine del delito justo a tiempo, cuando la ley y el orden cerraban sus justicieras manos sobre mí. El miedo se apoderó de mi arrogante valor y huí donde la identidad sobraba, junto a personas que, desesperadas, se alejaban de la inmundicia humana.

Falto de recuerdos pude vivir en paz, aislado de todo, exiliado en el sigilo furtivo de las montañas. El recuerdo perduró el tiempo que la soledad tarda en pudrirlo, pero eso ya pasó. No tengo ni edad ni medios para reclamar lo perdido”.

Tomó la decisión con la rapidez de una ráfaga de viento inclemente. “No, no volveré. No compraré con diamantes mis pasadas soledades ni alimentaré con ellos a los que me maltrataron, excluyeron por mi oscura piel y me abocaron a vivir en la transgresión”.

Siguiendo el cada vez más profundo y estrecho riachuelo, casi encajonado entre riscos y salientes rocosos, las transparentes y frías aguas lo iban guiando por el diamantífero cañón. Casi insensible a todo que no fueran hermosos cristales, de pronto, su pie quedó varado en un orificio y tuvo que remover algunas piedras para poder liberar su extremidad. Cuando la claridad del agua arrebató la opacidad del fango removido, un diamante negro como su arrugada piel apareció coqueteando con su pie. El viejo negro de apergaminado rostro y fibrosos músculos pareció desmayar su cuerpo apoyado en un saliente rocoso y tras largo tiempo de reflexión profunda, casi adormecida, acariciando con sus manos el precioso brillante, una sonrisa apareció en su rostro. Por su mente desfilaron pozos de agua, escuelas y dispensarios; niños felices y bien alimentados, jugando despreocupados. Emitió un alobado aullido, que el monte devolvió con saña, apretó sus puños y con firme decisión, poniendo palabras a sus pensamientos, sentenció: “recogeré todos los diamantes para poder ayudar a mis gentes a retornar a sus raíces y enseñarles a vivir con dignidad”.

Abandonando sus artes de caza, se dedicó, con pausada tarea, a recoger, uno por uno, los centelleantes y cristalinos guijos que el torrente montaños le ofrecía.